

## **La Normalidad. Un estudio del autismo y la esquizofrenia.**

La Sra. Irene Normález se encontraba ante la puerta del “Gabinete de Psiquiatría Dinámica”, como anunciaba el letrero, junto a su hijo. Éste último tecleaba incansable y distraídamente su móvil.

Llamó a la puerta y no tardó en recibir respuesta. Una enfermera joven y amable le indicó que pasara. Ella pasó, pero tuvo que retroceder para tirar del brazo de su hijo y hacerle entrar también. Mientras hacía esto, la Sra. Normález indicó que tenían cita con el Dr. Estirado. La enfermera lo confirmó y le indicó que esperasen, que serían atendidos a la mayor brevedad.

Se sentó en una pequeña sala de espera y manipuló a su hijo para que lo hiciera también, mientras el joven seguía tecleando su móvil obsesivamente. Pasaron 20 ó 30 minutos en los que Irene miraba el reloj repetidamente, el muchacho tecleaba y tecleaba, y de vez en cuando sonaba un pitido electrónico avisando de la llegada de nuevos mensajes.

Por fin la enfermera la avisó de que pasara a la consulta y, levantando a su hijo, así lo hizo con él, sin que éste cambiara su actitud.

Sra. Normález.- Buenos días, Doctor.

Dr. Estirado.- Buenos días. Pase y siéntese. (Y se sentó a su vez al otro lado de la mesa. Tomó un impreso y bolígrafo. El joven fue sentado por su madre sin cesar su distracción. Siguió tecleando ajeno a su entorno).

Dr. E.- Dígame su nombre.

Sra. N.- Irene Normález.

Dr. E.- ¿Me permites que te llame Irene y de tú?

Sra. N.- Sí, por supuesto. ¿Cuál es tu nombre?

Dr. E.- No. Dirígete a mí como Dr. y de usted.

Sra. N.- Ohp.

Dr. E.- Bien, Irene. ¿Cuándo empezaste a notar que tu hijo era normal?

Sra. N.- Pues verá, Dr. Yo nunca sospeché nada. De bebé mamaba con fuerza y gusto, dijo su primera palabra a los 9 meses, y siguió aprendiendo el lenguaje sin trastorno ninguno. Jugaba con otros niños y se relacionaba bien, les miraba a los ojos y se desenvolvía normalmente en todos los aspectos.

Dr. E.- Entiendo que tú trabajas, ¿verdad? Si no, no podrías pagar esta consulta.

Sra. N.- Sí, siempre he trabajado, desde muy joven.

Dr. E.- ¿Cómo solucionaste la atención a tu hijo en sus primeros años?, ¿contrataste una niñera o fue a guardería?

Sra. N.- Fue a guardería.

Dr. E.- ¿Algún problema allí?

Sra. N.- No, ninguno. Vamos, los normales: Constipados y eso.

El Dr. tomaba notas incansablemente. La impresión era que anotaba cada palabra de su entrevistada.

Dr. E.- Pero el niño mostraría alguna rebeldía, sospecho.

Sra. N.- Bueno, sí, claro. Era difícil hacer que comiera cuando cumplió los 2 años, y era travieso, como todos los niños.

Dr. E.- Esto es importante, Irene, respóndeme pensando bien. ¿Investigó por su cuenta tu hijo en su primera infancia, se interesó espontáneamente por algún tema de conocimiento, como pudiera ser la naturaleza, los animales y sus modos de supervivencia?

Sra. N.- Pues sí, ciertamente. En cuanto aprendió a leer, él mismo investigaba sobre múltiples asuntos en su ordenador, entre ellos la naturaleza, desde luego. Sin embargo, a medida que iba creciendo, ya sabe, con el colegio y los deberes que le ponían, fue desplazando su

curiosidad natural por asuntos obligatorios que no le interesaban en absoluto.

Dr. E.- ¿Mostró rebeldía ante esto?, ¿tuviste que imponerle disciplina y dedicación hacia sus obligaciones?

La Sra. Normález tardó en responder aquí. Su rostro se fue quebrando, dudó y, por fin, rompió a llorar, sacando un pañuelo de su bolso. Habló entre sollozos. El muchacho seguía absorto en su móvil sin prestar ninguna atención a lo que pasaba.

Sra. N.- Sí, sí, lo siento. Le obligué a sustituir su investigación espontánea por un estúpido estudio de datos dispares, inconexos y sin referencias que no le motivaban, dando como resultado una ignorancia confusa y engañosa que le hace creer que comprende el mundo cuando no lo comprende en absoluto. Lo siento, lo siento. (Y lloró profusamente).

Dr. E.- (Con ánimo de consuelo). Pero eso es lo que hacen todas las madres. De hecho, una madre está obligada a hacerlo. Si no lo hiciese, estaría incurriendo en delito, ya que la educación es obligatoria. Precisamente, la educación consiste en eso, en doblegar al niño para que no comprenda el mundo y pueda vivir en él.

Sra. N.- (Llorando menos y secando sus lágrimas y nariz). Sí, Dr., lo sé muy bien. Pero es muy duro para una madre ver cómo su hijo va perdiendo el entusiasmo por la vida y aceptando la crueldad y miseria a cambio de la normalidad, de la integración, de la membrecía en una mentira colectiva. Es muy duro, Dr., muy duro.

La Sra. Normález siguió llorando, mientras su hijo tecleaba y tecleaba su móvil ajeno a los acontecimientos. Se serenó un poco y continuó diciendo:

Sra. N.- A veces pienso que habría sido mejor traicionar a mi hijo cuando era un bebé, o cuando tenía 4 ó 5 años de edad, rompiendo su relación conmigo por inaceptable por su parte. De este modo habría quedado fuera del mundo, y no habría tenido que someterse a él. Es

lógico que si un niño no acepta la relación con su madre, no aprenderá a relacionarse con el mundo, quedando libre del sometimiento que supone la educación.

Dr. E.- (Alarmado). Pero, Irene, si hubieras hecho eso, tu hijo habría sido autista o esquizofrénico, y habría sufrido enormemente sin posibilidad de comprender lo que le pasaba. Todo intento por su parte en este sentido habría recibido la condena de la sociedad, echándose encima la tortura de nosotros los psiquiatras, para eso estamos. ¿O es que piensas que tu hijo podría haber comprendido y, en tal caso, convertirse en el Anticristo? ¡¿No pensarás eso?!

Irene se serenó, miró a su hijo, que seguía tecleando absorto, y dijo:

Sra. N.- No, no, claro, Dr. Mi hijo no podría nunca ser tan importante. Mejor que sea normal, desde luego. (Y siguió). Lo que me preocupa ahora, Dr., es que en pocos años, ahora tiene 17, tendrá que incorporarse al mercado laboral, tenemos un 50% de paro juvenil y seguirá aumentando. Dr., ¿cree usted que mi hijo estará entre los ganadores?

Dr. E.- Francamente, Irene, no me importa. (Y continuó diciendo). Ahora bien, te vamos a hacer un informe muy completo de esta consulta, que te enviaremos por correo, junto a la factura. Eso es todo.

Irene Normález se levantó confusa y desanimada. Levantó también a su hijo, quien chocó contra la pared, atento sólo a su móvil, abrió la puerta y salió, redirigiendo al muchacho.

Jesús Estrada, en septiembre de 2016. [www.nuevaera.info](http://www.nuevaera.info)